

INTRODUCCIÓN

Dicen que los volcanes son una manifestación superficial y subsuperficial de la energía interna del planeta. Su actividad se relaciona directamente con las zonas más profundas de la corteza. Sus fluidos y gases ascienden por las diferencias de densidad y temperatura; y que, si existen los conductos necesarios para que salgan, arrojan material líquido, sólido y gaseoso.

Quizás por este motivo es que siento que es lo más parecido a lo que viví. Mi manifestación fue del consciente y del subconsciente de mi mente, ese mundo tan desconocido, incluso para nosotros mismos.

En mis profundidades algo empezó a entrar en ebullición sin que me diera cuenta. Tal vez a los 8, a los 15 ó a los 20 años. Pero algunos volcanes sólo filtran lava tan lentamente que se puede caminar alrededor de ellos con seguridad. Así fue que durante mucho tiempo transité alrededor del mío, y de tantos otros volcanes que me acompañaron en mi vida, sin siquiera imaginar lo que un día pasaría.

La curiosidad, que me llevó a practicar la respiración holotrópica, fue el conducto que necesitaba mi volcán psicológico para expulsar todo lo que tenía en su interior.

Siempre que hay una gran erupción volcánica se la relaciona con palabras como violento, furioso, impresionante, intempestivo e incontrolable. Los observadores sienten temor de la potencia destructiva de la naturaleza. Se genera una perturbación cuando nos damos cuenta que una montaña pacífica puede convertirse de repente y generar una destrucción con una fuerza imparabile. Algunos estallan tan violentamente que destruyen todo a un radio de 5 kilómetros en cuestión de minutos.

Así fue como un día mi volcán llamado bipolaridad entró en acción imprevistamente destruyendo todo lo que estaba en mi interior y en mi exterior. Si bien caminé rápido y hasta intenté correr, ante la sensación de que una catástrofe se avecinaba, no pude escapar del calor de su lava. Mi familia tampoco, aunque ellos estaban alrededor del volcán y no exactamente dentro de él, también fueron salpicados y quemados imperceptiblemente. A todos les quedaron cicatrices.

Siempre hay algo bueno en todo y en este caso es que este tipo de erupciones pueden durar días, semanas o hasta diez años, pero una vez que cesan no suelen volver a tener actividad por décadas. Esa es otra similitud con la bipolaridad, una vez que se estabilizó uno retorna a la “normalidad” aunque haya que volver a construir todo lo que fue arrasado.

En homenaje a esa mujer, que quedó sepultada bajo la lava que se derramó durante meses, fue que hace muchos años elegí resucitarla por un rato a través del personaje que protagoniza esta novela. Darle vida en estas hojas me ayudó a comprenderla mejor. Sus manuscritos, que fue una herencia que me dejó, me sirvieron de guía e inspiración para crear y recrear muchas historias. Algunas reales y otras imaginarias.

Cuando decidí publicar este libro entendí, que para poder realmente transmitir los sentimientos de aquel momento debía abrir mi ropero y mostrar su interior; por eso elegí sacar mi ropa y mis pertenencias para dejar lugar al vestuario de los personajes. El ropero es el mío, lo que está adentro casi todo es prestado. Tengo que proteger mi intimidad, ya que es una manera de evitar que el volcán eleve nuevamente su temperatura.

Me hubiese gustado llamar a Leopoldo para compartir con él mi decisión, pero hace años un eclipse de sol misteriosamente se lo llevó de la tierra. Desde donde esté le agradezco sus palabras de aliento y ahora comprendí por qué en el 2010 cuando me pidió que habláramos sobre mi libro no asistí a su encuentro. Recién dos años después me animé a enviarle un correo electrónico y charlar del tema. Tal vez era necesario que sus comentarios quedaran escritos, las palabras se las lleva el tiempo. Nunca dudé que era inconscientemente verdadero y por eso estoy segura que en lo más profundo de él sabía que no llegaría a escribir mi prólogo.

Los invito a leer esta historia y descubrir si es cierto “que la gente está esperando que le cuenten algo como si le dijeran al oído, con ese dejo de confidencialidad que tiene la palabra de un amigo”. Ojalá así sea, siempre le decía a él que más que psicología practicaba la futurología. Esta vez espero que no sea la excepción y que acierte nuevamente sobre lo que los otros necesitan.

RESPIRACIÓN HOLOTRÓPICA⁴

El verdadero viaje

Era en una planta alta; subí esa escalera con mi *jogging* blanco y mi camisola del mismo color. La pureza es lo que prevalece en un nacimiento y si iba a recordar algo del primer momento de este viaje terrenal, debía estar lo más pura posible. Nunca creí que una escalera pudiera elevarme tanto, pero así fue; subí más escalones de lo que en ese momento acepté conscientemente subir, muchos más. Y así fue la caída.

Esperamos que todos llegaran. Nora comenzó la charla poniendo las pautas necesarias para que el ejercicio surtiera el efecto esperado y nos invitó a elegir una pareja que cuidara de nosotros durante la respiración, como ella decía. Fabiana aceptó trabajar conmigo y cedió a mi pedido de que participara en la jornada de la mañana para así poder adaptarme a ese taller que a cada minuto me intrigaba más. Nada salía de lo normal y a pesar de que uno no ve personas acelerando su respiración todos los días al compás de una música rápida y extremadamente fuerte, tampoco era para huir despavorida del lugar.

Terminó el primer grupo y mi compañera se despertó desilusionada; según sus dichos, no había llegado a un trance profundo como el esperado; su vez anterior había sido mucho mejor. Almorzamos todos juntos en una pequeña terraza y charlamos de lo que minutos antes habíamos vivido. Todo estaba tan tranquilo que nada me hacía imaginar lo que después de ese almuerzo iba a suceder, nada ni nadie me hubiese convencido en ese momento de que lo que yo tomaba como un simple juego podía ser mi

⁴Es una forma de trabajo vivencial terapéutico creado por el psiquiatra checo Dr. Stanislav Grof. Esta técnica combina respiración, música evocativa, trabajo corporal focalizado, arte e integración grupal.

“ruleta rusa”, y menos que la bala iba a dar justo en mi cerebro o, lo que sería peor, en el medio de mi alma, si es que realmente tenemos una.

Volvíamos al gran cuarto donde las seis colchonetas nos esperaban para una experiencia que prometía ser única. Yo me acosté boca arriba como me indicaron, Fabiana estaba arrodillada a mi derecha para cuidarme durante el ejercicio y Charly caminaba de punta a punta del salón con paso calmo y silencioso en sentido contrario al de Nora. Empezaba la segunda parte del taller. Increíblemente, sobreoxigenar el cerebro acelerando mi respiración parecía ser más simple de lo que pensaba; en menos de cinco minutos había entrado en un profundo trance del que ni mi cuidadora, ni mi guía, ni mi mejor amigo podían realmente cuidarme. Y así fue que empezó el verdadero viaje del que tantos recuerdos guardo escritos en siete cuadernos⁵ tan desprolijos como ansiosos:

“Me quiero ir, me quiero ir” se repetía en mi mente con una fuerza desconocida hasta ese momento. La sensación que tenía era que me quería ir y estaba muy enojada porque no me dejaban. No era una negación del cuerpo, era una decisión de la mente y parecía que dentro de mí hubiera dos mentes peleando que sí y que no. Sentía mucha frustración por querer y no poder. Cuando logré irme, tuve un sentimiento de revancha; me quiero ir y me fui aparecía en mi mente como un cartel luminoso que me generaba mucha felicidad, incluso hasta un sentimiento de revancha hacia quien no me dejaba salir.

Ahí vinieron los recuerdos de todos los lugares y momentos en que me fui, de donde siempre me estuve yendo, y se apareció la voz de mi psicólogo preguntándome: “¿Por qué siempre te estás yendo como para que nadie pueda marcarte como a los caballos chúcaros?”. Con las palabras “me fui”, vino la imagen de la noche en que me fui del lado de Ricardo y una sensación de inexplicable revancha como si con esa huida le hubiese ganado a la vida porque me había ido, aunque tal vez me quería quedar y, sin embargo, me fui.

Después de la alegría, vino la angustia con esas personas que me gritaban: “¿Por qué no la dejas ir?!”, mientras trataba de entender de qué me hablaban,

⁵ Todo lo que figura en letra cursiva es lo que plasmó Greta Colombo en sus cuadernos durante una crisis de trastorno bipolar.

SE FUE

¿Quién se fue?

Seguía esa canción en mi cabeza “Todo tiene sentido por ti, mis mejores momentos y hasta mis malas rachas... Todo tiene sentido por ti...”¹². Y siento que es así, que todo tiene sentido por él, pero no le encuentro bien ese sentido. Me acuerdo de ese día que tuve los pasajes en mi mano y que no me quería ir; las obligaciones sociales, la conveniencia económica, todo tenía sentido; entonces, me fui con el alma herida porque no había hecho lo que quería. Que viaje de mierda, cómo me arrepentí, cada segundo, cada minuto, quería que se terminará; había retrocedido mil años luz. Pero me fui, me fui igual sabiendo que no lo tenía que hacer, y cuando volví, puse aquel compacto trucho que Adif me había regalado en Caracas con todo el desprecio, creyendo que eso me humillaría y bajaría mis niveles de autoestima. Pero no era así, no lo escuchaba delante de él, porque no quería. Cuando llegué a casa lo puse en mi equipo de música y lo deje ahí, “El problema”¹³ era un buen tema, pero todos los demás no me llamaban la atención, no los conocía, solo me gustaba el título “Mujer de lujo”¹⁴ del que escuché la letra y no me hizo sentir cómoda.

Dejé el grabador andando, apoyado en el banco del hall, mientras hacía cosas; subía la escalera cuando mis oídos escucharon aquel estribillo que me erizó la piel y me congeló la sangre: “Sin decirme nada, sin decir por qué, sin una coartada o una explicación, sin una mentira escrita en un papel, sin las cursilerías típicas del caso... se fue; y yo pensando en ella como si fuese única, aferrado a su ausencia como si fuese sólida, pidiéndole a la vida que quizás la

¹² Lo poco que queda de mí. Ricardo Arjona. Galería Caribe. Sony Discos 2.000 (algunas palabras puede recordarlas mal).

¹³ Canción perteneciente del CD Santo Pecado. Ricardo Arjona. Sony Music Latin. 2002.

¹⁴ Ídem 12.

química la devuelva buscando algún beso mágico...¹⁵, repetía aquel estribillo que me hacía galopar el corazón a mil por hora.

Llamé a Viviana a la una de la madrugada a pesar de saber que era una locura, pero sola no podía contener tantos sentimientos. Ella pareció no darle mucha importancia al hecho, lo tomó con cierto cholulismo, como es habitual, y entonces busqué contención en Charly que me respondió como si fuera del otro lado del mundo: “Es para vos; fijate si fue a Ansia”. Mi ansiedad por saber si había estado en mi lugar de trabajo crecía a cada segundo; mi mente opinando a favor y en contra se asemejaba a una lucha a todo o nada.

Pasaron los días; el jueves volví a trabajar y le pregunté a Alejandro si Ricardo había estado el último tiempo por allí a lo que me respondió: “Sí, vino con dos o tres tipos más, no recuerdo, estaba raro y se fue solo”. Mi odio hacia mí misma resurgió con todas sus fuerzas desde mi interior: tendría que haber estado ahí sin ni siquiera saber que esa canción existía, todo mucho más tranquilo y más natural; pero me había ido... ¿por qué carajo me había ido?, qué bronca me daba, qué odio, otra vez me había ido.

Desde entonces comenzó la ansiedad que duró hasta su regreso a la Argentina y que la desilusión de que no había vuelto a ir a Ansia paró de golpe; ahora estaba allí, pero ya no servía de nada. En cuanto pude, renuncié porque ya no tenía sentido que permaneciera allí; Dios me había devuelto ese trabajo después de más de un año por un solo motivo importante, mi inconsciente deseaba volver a verlo y yo había desperdiciado esa oportunidad por haber tomado la decisión equivocada; aprendí otras lecciones trabajando durante el 2003 en Ansia, pero no pude volver a verlo.

Hablé con su manager vía telefónica; se sorprendió cuando le expliqué quién era, pero igualmente se negó a pasarme; me reconoció enseguida y con el tono de quien ha visto a un muerto viviente me dijo:

–Pero... hace dos años te conocimos en Ansia –haciendo hincapié en la extemporalidad del llamado.

–Si, exactamente dos años.

¹⁵ Se Fue. Ricardo Arjona. Santo Pecado. Sony Music Latin. 2002.

—A mí también —me dijo él con certeza, esa certeza que a veces te da la duda o lo indeseable.

La conversación se dio entre risas y tragos que él y sus amigos me habían encargado. Los fui trayendo con complacencia, como lo hacía con todos los clientes que me tocaba atender, porque aunque había aceptado ser moza, había decidido hacerlo con toda mi alma. Así que el papel de buena moza me salía excelente, la gente me quería y se iba contenta porque, además de la comida, siempre trataba de llevarles amor y buena onda a la mesa.

—Sos la más linda del lugar —me dijo convencido, y mi inseguridad lo mandó al oculista, — Sos la más linda porque sos natural, no estás en pose —continuó diciendo seguro de sus palabras. Le contesté con baja autoestima y un poco de verdad:

—Bueno eso sí. Soy una chica de barrio.

Él, sin pensar ni un solo segundo, respondió:

—Como yo.

Nos reímos mientras le contaba la vieja anécdota de la discusión con Marcos, el primer hombre con el que me había encaprichado en casarme a los dieciocho años, y cómo mi esencia lo había evitado al darse cuenta de que con él nunca iba a llegar a ser quien realmente era, porque él no podía ser quien era de verdad. Nos reímos mientras Ricardo me preguntaba si conocía su música y yo le respondía inocente como un niño, y descortés también como los chicos:

—No, pero como para mí sos una copia burda de Sabina, y me encanta Sabina, por eso te defendí.

No sé si no se percató de mi falta de cortesía o la dejó pasar por caballerosidad, solo sé que él siguió la conversación naturalmente:

—Bueno, espero que, al menos, te hayas peleado con ese tipo —dijo en referencia a Marcos que lo había acusado de grasa por la canción “Señora de las cuatro décadas”.

—Por supuesto —respondí sonriente como si supiera en el fondo que mi ex novio había sido solo una parada en “el camino al amor” que yo había emprendido enganchándome con Andrés muchos años atrás.

Cuando conocí a Andrés allá por comienzo de los años noventa, le declaré a Dolores, mi mejor amiga, en la piletta de su casa: “Tiene algo en sus ojos,

como si su alma me quisiera decir un secreto”, y no me confundí. Tenía muchas cosas para decirme con la sabiduría de su alma que no había sabido escuchar, como siempre, de tanto hablar.

Con la calma que dan los años, Ricardo me invitó a su próximo recital o a cenar al otro día para verme en un lugar en el que yo no actuara, según sus propias palabras. Mientras bailaba desenfrenada con unos clientes habitués del lugar y él me observaba, se sonrió y cuando con la mirada llena de miedo a perderlo por haber cumplido con mi papel de loca al que me obligaba el lugar volví a la mesa a ver qué necesitaban, él me dijo sereno: “No te preocupes, sé que vos actuás, que no sos esto”. La sabiduría de sus palabras me dejaban al desnudo sin importar que llevara puesto el vestido negro y largo correspondiente al uniforme del lugar. Aquellas palabras me sorprendieron tanto que me dejaron helada, sin poder reaccionar. Con un impulso adolescente, le pregunté si el café lo podíamos tomar esa misma noche, porque no podía esperar al otro día. Tal vez, en el fondo, con mi autoestima baja, pensaba que no iba a estar mañana en el lugar del encuentro. “Ahora, después de acá, ¿te parece?”, me dijo sorprendido. Tal vez como era una persona que había aprendido a esperar y a recibir lo que le daba la vida, aceptó y se dispuso a esperar a que yo terminara mi jornada laboral.

Admiraba algo de él sin darme cuenta y creo que era su capacidad de esperar y de escribir que yo todavía no había adquirido. Me besó suavemente el hombro cuando le llevé el agua mineral que le elegí a su pedido para tomar mientras esperaba que terminara mi trabajo. Jamás imaginó que era tan aburrida para elegir una bebida. Mi inseguridad no me permitía decirle que su mesa era la única que me faltaba cerrar y que mi adorable jefa ya me había autorizado a no hacer el cierre y fajinar, que eran las tareas que esa noche me tocaban. Susana me dijo con complicidad al oído: “Andá, no te vas a perder esta oportunidad”, y cuando huía de la cocina al salón a fin de preparar mis cosas para el momento de partir, me gritó: “y pedile que te cante al oído por mí”; algo que obviamente no hice. Cuando él se animó a preguntar si me faltaba mucho, le respondí, tonta e ingenua:

—No, la tuya nada más.

—¿Y qué esperás para cerrarla? —me dijo sorprendido por mi falta de reacción.

pasado la noche allí a consecuencia de que la tarde anterior, a la salida del colegio, me había descompensado y su abuelo consideró que lo mejor era que descansara y que mi hija estuviera cuidada por ellos. Como era de esperar, no quiso ir al colegio; ese día estaba tan extraña como su madre.

Llamé al trabajo de mi padre y le pedí que me acompañara al psicólogo. Después de haber leído mis líneas aceptó sin ningún tipo de cuestionamiento. Llegué bastante puntual, pero mi papá aún más. Jamás había ido a un terapeuta por lo cual estaba mucho más nervioso que yo por la situación. Para mí también era rara; por primera vez estaba frente a mi analista y a mi padre que me miraban como carneros degollados. No tardé mucho en desahogarme, apenas unos minutos bastaron para explicar el por qué de la cumbre. “No doy más”, les dije como quien pide desesperadamente un vaso de agua. “Hace noches que no duermo, no como y lo único que tengo ganas de hacer es escribir. La cabeza no me para ni un segundo”, seguí relatándoles para que entendieran la gravedad del caso. Mi padre le habló algo sobre la carta que le había entregado esa mañana y yo me esmeraba por bajar la velocidad de mis pensamientos sin éxito. “¿Tan mal te sentís?”, me preguntó el licenciado y brevemente le respondí: “Siento que me va a agarrar un derrame cerebral”. No había escapatoria, había pedido ayuda e iba a tener que aguantar la forma en que me la dieran, me gustara o no. A todo esto, de mi cita con Pancho ni me acordaba por lo que él seguía esperando en “El Ábaco” para almorzar conmigo mientras intentaba comunicarse a un número de celular que hacía horas estaba fuera de servicio; mejor dicho, ya no existía. Justo a Pancho fui a dejar plantado, un hombre que no sabe esperar ni el micro. Justo a alguien que no había tenido que esperar nada en la vida porque el universo le había dado todo en menos tiempo, incluso, del que cualquiera puede imaginar que hay que esperar. Justo a él le tocó estar solo y ansioso en la mesa de un reconocido restaurante de La Plata esperando a alguien que jamás llegaría. En los pocos momentos que recordaba la cita, pensaba cómo era mi esencia que se había escapado de Ricardo y que ahora era capaz de enfermar el cuerpo para no asumir que aunque la mente y el corazón no querían, el

alma huía despavorida, otra vez, de un hombre. Tan despavorida que se escapaba antes de llegar al lugar del cual se tenía que escapar.

Sin escalas me llevaron de la cálida casa cerca del bosque a la clínica donde un psiquiatra me aguardaría a pedido de mi psicólogo quien le había solicitado que no me hiciera esperar porque era una urgencia. No podía ni siquiera pensar en huir porque, para aquel entonces, ni siquiera podía pensar. Los pensamientos y las imágenes se adueñaban de mi mente sin ningún permiso previo e inclusive parecían entrar por todos mis poros haciéndome sentir en carne propia cada recuerdo, cada temor, cada tristeza y cada alegría. Entré al consultorio custodiada por mi padre que tenía los ojos desorbitados. Siempre dijeron en mi familia que estaba loca, pero confirmarlo no era justamente el deseo de los que me querían de verdad. Un psiquiatra podía decir cosas que a nadie le gustaba oír.

No había muchas opciones: me dejaban internada apenas un par de días para hacer una cura de sueño, por llamarlo de algún modo, o me llevaban a mi casa bajo exclusiva responsabilidad de mi familia que por indicación médica no podía dejarme ni a sol ni a sombra. Papá y yo nos pusimos, creo que por primera vez, rápidamente de acuerdo; iría a la casa de mis padres y ellos me cuidarían hasta que me recuperara. Según el especialista, para la tranquilidad de mis progenitores y la desilusión de más de uno que quería decir: “Viste que te dije que estaba loca”, esto era transitorio y no tenía nada que ver con la locura.

El plazo que nos daba el médico no era muy extenso; si en 48 horas no comía e ingería el líquido necesario, deberían pensar en una internación clínica para que no me deshidratara. “Estos cuadros consumen mucha energía”, nos dijo el Dr. Malud refiriéndose a la euforia que había mantenido por más de un mes; “descansan poco y se alimentan menos”, siguió explicando mientras yo trataba de callar mis pensamientos y mantener mi boca cerrada por temor a que no me diera más opciones y me dejara encerrada lejos de mi hija. “Antes prefiero morirme”, pensaba, por lo cual utilicé mis dos armas preferidas: un poco de humor y una pizca de instinto que me permitieron dejar en claro que podía estar un poco loca, pero no tanto como para comer vidrio. “Si se ríe de ella misma, es una demostra-

ción de que sabe que nada de lo que piensa es real”, dijo mirando a mi padre. Jamás admitiría que estaba totalmente convencida de que las cosas eran como las percibía; nunca admitiría que no creía todo lo que imaginaba, pero que tampoco creía que fuera sólo imaginación. Todavía me faltaba descifrar los mensajes subliminales y luego me animaría a hablar pudiendo demostrar lo que se me aparecía, pensaba mientras el psiquiatra daba las últimas indicaciones. Una vez más mi instinto de supervivencia junto a la ironía me habían salvado.

Fueron días eternos los que continuaron. Tardes tirada en la cama retorciéndome de los dolores, los pechos duros como piedras, el vientre hundido entre las fuertes contracciones, minutos eternos bajo la ducha queriéndome sacar algo de la piel que no sabía qué era, pero que me molestaba. Sentía calor, molestias, todo lo que no pertenecía a mí me incomodaba. Si hubiese podido, me hubiese arrancado el cerebro, necesitaba que parara y no encontraba la tecla *Stop* en ninguna parte. Recuerdo que, en catequesis, alguna vez me describieron el infierno; en los días que relato, sin duda estaba en él. Sólo deseaba cerrar los ojos y dormir, eternamente si fuera necesario, pero dormir. Mi alma estaba cansada de este largo viaje que había hecho entre el pasado, el presente y el futuro.

Nunca creí que mi mente pudiera guardar tantos recuerdos. Jamás pensé que podía tener tanta imaginación. Las imágenes, los sonidos, los olores, los colores giraban alrededor de mi cerebro a la velocidad de la luz. Los videos más modernos con imágenes mezcladas con la rapidez de un parpadeo eran nada comparado con la cantidad de imágenes que parecían transmitirse en la pantalla de mi mente; miles de películas sobrepuestas unas sobre otras como si en la misma pantalla se transmitieran, a la vez, más de una película y, por instantes, hasta alguna se impusiera sobre la otra.

Creía que este infierno solo terminaría con un paro cardiorrespiratorio y un derrame cerebral. A mi entender no existía otra posibilidad para escapar de esa locura que parecía adueñarse de mi cuerpo para siempre. Contracciones, espasmos, convulsiones, ahogos, taquicardia y hasta orgasmos que hacían emanar líquidos de mis zonas íntimas. Sólo esperaba que la salvación entrara por la puerta de la casa donde había crecido. Esperaba

Jueves 14 de julio de 2005

Siento que ya no tengo el cielo merecido. Siento que por no animarme a ser mujer, no me animo a ser persona. Quiero, pero no sé si mi enfermedad va a permitírmelo. Tarde me di cuenta de que las cosas que uno ama no debe resignarlas por nada. En este momento no veo un futuro en mi vida. Me imagino a merced de una pastilla de por vida y dependiendo de los demás para siempre.

No creo que pueda curarse mi anorexia nerviosa. Miro a mi hija y deseo que ella se anime a ser una mujer con todas las letras. Miro a mi hermana y me preocupa que a veces se disperse en tonterías. Miro el mundo y siento que, esta vez, me quedé afuera, aparte, que ya no hay lugar para mí por no haberme animado a pedirlo a tiempo, siempre dejándome estar, exigiéndome en cosas que, probablemente, no eran tan necesarias y no haciéndolo en las realmente valederas.

Soy conscientemente mujer, pero dejé de ser inconscientemente verdadera. Tal vez ya no soy ninguna de las dos cosas.

Martes 16 de agosto de 2005

Releo un poco el comienzo de mis escritos. Me llama la atención la obsesión que se había gestado dentro de mí por Acevedo. De hecho, si verdaderamente me hubiese gustado ser la mujer de Acevedo, no me habría ido sin ni siquiera intentar algo más, sin ni siquiera saludarlo. Si huí de esa manera, era porque mi esencia sabía que no necesitaba eso para ser feliz, porque mi inconsciente no se había olvidado de que yo era una chica de barrio que solo quería casarse con un chico de barrio.

22 de septiembre de 2005

Querida hija:

A veces me pregunto de dónde voy a sacar fuerzas para seguir viviendo. A los veintinueve años me encuentro sin un trabajo estable, sin una profesión, sin una pareja con quien compartir la lucha. Me gustaría poder pasarte toda mi experiencia en un chip para que vos no arruines tu vida como lo hice yo.

23 de septiembre de 2005

Hija mía:

Ayer lloraste abrazada a mí con el miedo de que me pasara algo. Juré estar siempre a tu lado y te prometí que te cuidaría desde donde estuviera.

Dejé muchas cosas por vos y volvería a hacerlo mil veces más si fuera necesario. Pero a veces me pregunto hasta cuando voy a tener fuerzas para seguir cuidándote sola. Hay muchos momentos de debilidad en los que creo que no voy a poder seguir viva para verte crecer. Siento por momentos que se me están acabando las pilas que siempre me sobraron.

Tengo tanto miedo, hija, no te das una idea. Las madres también claudicamos a veces. Gracias a Dios, tengo a tus abuelos que me contienen y me ayudan a seguir en pie porque si no, no sé que haría. Charly también colabora dándome todo su apoyo, pero a veces no sé si es suficiente.

Le pido a Dios todos los días que me dé fuerzas para levantarme un día más y así voy siguiendo pasito a pasito, segundo a segundo.

7 de octubre de 2005

Querida hija:

Ayer volví a trabajar después de casi dos años y me sentí muy mal sin vos a mi lado y sin un trabajo que me diera estabilidad, haciendo de moza cuando yo había jurado no trabajar más de eso. Quisiera poder decirte lo mal que me siento, contarte la angustia que tengo, pero sos demasiado chica y no es momento de hablar de ciertos temas con vos. Debo esperar.

Si todavía sigo viva es por el amor que te tengo, porque quiero verte cada día, porque siento la obligación de acompañarte aunque mi vida se haya convertido en mi peor pesadilla. Por momentos quisiera enfermarme y que Dios me lleve con él para poder parar la angustia que me da este país que no te deja crecer, que no te deja vivir, que no te deja soñar.

Ojalá que cuando seas grande, hagas las cosas mejor que yo y no estés a los veintinueve años sola con una hija y sin un trabajo estable. Nunca dejes de trabajar, nunca pares de mejorarte, no creas que siempre hay tiempo porque no lo hay, no dejes para mañana lo que puedes hacer hoy, no te equivoques como yo.

él y verlo gozar tanto, me emocionaba a mí. Fue la única relación en la que la retro alimentación, o *feedback*, funcionaba tan bien; pero ninguno hacía por el otro nada que no quisiera o no le gustara a pesar de que sabíamos que nuestra pareja lo deseaba. Solo disfrutábamos con lo que cada uno disfrutaba sin exigirle nada al otro. Mariano y yo éramos totalmente sinceros. Hablábamos de todo, pero estaba claro que si a mí me gustaba blanco y a él no, buscábamos algún color que nos complaciera a los dos y gozábamos hundiéndonos en ese tono sin obligar al otro a hacer o ser lo que no era naturalmente. Elegíamos y nos elegíamos, porque a pesar de nuestras limitaciones, nosotros sí que nos elegimos hasta el último día. Eso era un amor libre que trascendía su compromiso familiar. Nosotros elegíamos estar unidos y el día en que no nos gustó ningún color en común, nos separamos; no le pedimos al otro que sí o sí eligiera un color para unirnos.

Quizás mi gran secreto en la cama era *ser verdadera*. Accedía a los gustos y placeres que le gustaban al otro solo si lo disfrutaba. No me importaba si se quedaban a mi lado o no, ni me interesaba que pensarán que era una buena amante. Comprendía que no era la puta ideal que soñaría cualquier hombre, pero también sabía que era una amante verdadera, no era una mentira disfrazada de amante y eso lo notaban los que alguna vez tuvieron la suerte o desgracia, solo ellos podrán decirlo, de gozar entre mis piernas. Increíblemente, los años no me hacían perder esa esencia, al contrario, me hacían cada día más consciente de ella. Cada llamada, cada frase, cada mirada cómplice de un ex amante me demostraban que haber sido así tenía un reconocimiento. En muchos casos, hasta deseaban repetirlo a pesar de los años y los cambios físicos y, por sobre todas las cosas, me apreciaban y me respetaban por mi sinceridad y mi libertad para saber decir *sí* y para saber decir alguna que otra vez *no*.

Alguna vez en mi adolescencia, el caballero Andrés me había recordado que, físicamente, yo no tenía nada del otro mundo, pero al convertirme en una mujer de tres décadas, podía mirar hacia atrás y darme cuenta de que justamente no fue lo externo lo que había logrado que se me acercaran tantos hombres o que se quedaran ligados a mí hombres que podían tener, e inclusive tenían, mujeres más bellas que yo. Mi exterior no era

desagradable; de hecho, acepto que colaboró positivamente no solo en mi vida afectiva, sino también en mi vida laboral. Hoy el mundo está muy pendiente de la imagen; en mi caso, aun con lo que había sufrido mi cuerpo luego del taller y de los problemas de salud, jamás perdí la capacidad de atraer; ya sea con mis característicos 43 ó 44 kilos o hasta con un aumento de casi 13 kilos, todavía estaba dentro de los parámetros que para el común de la gente eran normales o hasta delgados. Aunque para mí y para las personas que me habían conocido tiempo atrás, la diferencia se notaba y hasta hacía pensar que estaba gorda.

No soy, no fui ni seré nunca la belleza típica norteamericana que bien describe la muñeca Barbie; soy latina, y sin llegar a ser linda, me salvaba de ser fea y me las arreglaba muy bien. Eso ya no me preocupaba, porque si había algo que volvía loco a un hombre, era la transparencia de mi mirada, la rapidez de mis palabras que dejaban muy en claro que yo hablaba y después pensaba, no medía mis palabras para que alguien me aceptara. Mi único escondite fácil de encontrar era la ironía, desde donde me fascinaba hablar y decir las cosas más hirientes con un tono divertido que me permitía tantear la reacción del otro con la posibilidad de excusarme en la broma que, para quien me conocía, en general tenía un mensaje. Inclusive desde allí, seguía siendo transparente y esa transparencia era la que me permitía hacerle el amor a un hombre tan solo con la mirada, porque como decía el abogaducho: “No me mires así que no me controlo”. Podía mirar a un hombre y aunque quisiera esconder el deseo, mis ojos no podían; era como si ellos tampoco tuvieran filtros y dejaran la puerta abierta para que todos mis pensamientos y mis sentimientos salieran al mundo.

Era capaz de decir todo con los ojos, incluso lo peor. Todavía sigo siendo capaz de hacerlo. Mis ojos son quienes confirman o contradicen mis palabras de enojo, puedo llegar a decir lo peor cuando estoy enojada, pero si mis ojos no dicen peores cosas que mi boca, podríamos decir que el incendio está controlado. Sin embargo, puedo enunciar una ironía tan simple como: “Cuidado al manejar que podés chocar”, como un amable consejo, pero si la acompaño con una mirada de desprecio y repugnancia, a cualquier mortal le podría llegar a sonar hasta como una amenaza.

De a poco puedo comenzar a responder la pregunta de Pablo: “¿Por qué me volvés tan loco?”. Hay demasiada hipocresía en este mundo, nadie sabe quién es quién. Puede clavarte un puñal la misma persona que te besa y te mira a los ojos con dulzura mientras tu sangre comienza a correr por tu espalda. Yo no. No sé si clavaría un puñal, porque como se plantea la periodista y autora de Crímenes en Familia⁴⁴: “¿Todos somos capaces de matar?”. La verdad no sé, habría que ver la situación, pero de lo que estoy segura es de que no miraría con dulzura a mi víctima. De hecho, esa persona sabría antes de que le clave el puñal, que voy a dañarlo porque se me notaría en la mirada. ***Entre tantas dudas, la certeza de mis ojos era el secreto.*** Incluso para mí que no lo había descubierto hasta que un hombre, que formaba parte de mi historia, me sorprendió nuevamente con una pregunta que tantas veces había escuchado. Las suficientes para diferenciar las realmente verdaderas de las que eran un cliché que formaba parte de un vulgar método de conquista. Alguna vez Julio me había dicho, mientras gozábamos en la intimidad, cuánto le gustaba la mirada de puta que ponía, a lo que yo siempre respondía: “No es de puta, ellas están trabajando y yo disfruto de verdad”. Él y yo sabíamos lo que quería decir, nos conocíamos lo suficiente para saber que sus palabras no pretendían ofenderme y que mi respuesta era sincera. Los dos sabíamos que esa mirada era el orgasmo traslucido en mis pupilas, porque cuando gozaba, mi mirada se perdía en la infinidad de mi plenitud. Volaba en las turbulentas zonas del placer y mis ojos se perdían en ese mundo de sexo que había elegido por el tiempo que eso durara; no importaba la cantidad de tiempo, sino la calidad de ese tiempo. De hecho, la cantidad de tiempo realmente importante era la de meses o años que aquel hombre recordara ese momento y deseara volver a repetirlo. ¿Sirve de algo estar cinco horas manteniendo relaciones si ese hombre al año siguiente no recuerda ni tu cara? ¿Uno recuerda cantidad, calidad o caridad? No, uno recuerda lo real, de lo demás se acuerda y nada más. Entre recordar y acordarse para mí hay una gran diferencia; me acuerdo que con Adif aprendí a gozar físi-

⁴⁴ CRIMNES DE FAMILIA. Cynthia Ottaviano. Ed. Edhasa. 2007.

¿Es peor ser loco que criminal?

¿Es peor ser loco que criminal? Mi pregunta acarrea muchos más interrogantes. A menudo, uno puede escuchar en los noticiosos, e inclusive ver programas especiales, que se dedican a plasmar en imágenes las malas condiciones en las que viven los presos, personas que en algunos casos han cometido errores que algunos llaman menores y otros que han cometido horrores, por así decirlo. Sin embargo, los establecimientos en los que viven los enfermos mentales pocas veces son el blanco de los periodistas y, en la mayoría de los casos, cuando un neuropsiquiatra es noticia, remarcan más la corrupción de un Director Médico o de otra persona que **el verdadero problema**.

¿Por qué los presos tienen derechos y los enfermos no? ¿El Estado cuida a todos por igual? Al ver la realidad, uno puede percibir que no es verdadera la igualdad que la Constitución plantea. Lo peor es que no solo el gobierno marca diferencias, sino que además la sociedad no puede superar ciertos prejuicios de antaño. Los medios de comunicación nos permiten ver la intimidad de la gente con los realityshows en los que, paradójicamente, puede haber un ex convicto pero no, según lo que recuerdo, una persona dada de alta luego de años de internación psiquiátrica; ellos no participan de los programas ni son entrevistados para que relaten su experiencia.

¿Cuál es el temor? **¿Nos da más miedo la locura que los robos, los abusos y los crímenes?** Todavía hay gente que piensa que el denominado “enfermo mental” está poseído por una fuerza maligna. Increíblemente, el Estado gasta mucho más dinero en cuidar a quienes eligieron cometer un delito y ahorra plata al momento de invertir en el futuro de un **ser humano que no eligió estar enfermo**. La naturaleza eligió por él y, seguramente bien tratado, contenido y cuidado, tal vez tenga mucho más para darle a la sociedad que quienes convierten en puertas giratorias las entradas de comisarías y penales.

Perdonamos un error y no una enfermedad. Esto habla de una sociedad extraña, prejuiciosa y hasta podríamos decir, ilógica. Tal vez tememos más a la locura que a la muerte; quizás preferimos que venga un delincuente y nos martirice a que algún loco bueno se nos ponga a conversar en la plaza mientras iniciamos la lectura del periódico.

La proporción de los gastos para la manutención de los presos duplica lo que se invierte en recuperar a un enfermo que no es peligroso para la sociedad; para muchas personas, puede ser molesto, pero quien es inteligente sabe que molesto no es lo mismo que peligroso. Debemos sentarnos, entonces, a reflexionar como sociedad, porque de continuar aceptando la situación descrita, estaríamos frente a **una verdadera locura** que convierte la pregunta inicial en una afirmación: **En este país es peor ser loco que criminal.**

¿DESCIFRÉ EL MENSAJE?

Corría el 8 de octubre de 2008, hacía un poco de fiaca como todas las mañanas. Me bañé y mientras lo hacía, me miré al espejo ubicado a unos cinco metros de distancia de la bañera y que se ve con la puerta abierta. Desde que había recuperado mis curvas, me gustaba espiarme cuando me duchaba, me levantaba el ego, de alguna manera me amigaba con mi cuerpo. No tenía una figura perfecta, pero estaba más cerca de la original, por así decirlo, que dos años atrás cuando no podía reconocer mi cuerpo debido a todo el desfasaje que había vivido durante el 2005. En abril de aquel año, bajé de peso hasta llegar a apenas treinta y nueve kilos; en diciembre del mismo año, estaba en cincuenta y cinco. Parece que dieciséis kilos más o menos no es nada, en cierta forma no era tanto, pero para quien los llevaba resultaban demasiados. Sobre todo si se tiene en cuenta que cada kilo estaba cargado de angustias, de medicación, de ansiedad, de miedo al futuro, de desesperanza... por eso parecían ciento sesenta, no dieciséis.

Me vestí apurada, como era costumbre en mi vida, corriendo contra reloj. Salí a la calle sin maquillaje, con el pelo empapado apenas recogido en un improvisado y desprolijo rodete, con los sacos colgados de la cartera y la idea de seguir produciendo el personaje de recepcionista camino al trabajo. Cuando uno tiene necesidad, se adapta a todo, incluso a peinarse caminando, a maquillarse en los semáforos, a cuidar a los hijos vía celular, a comer más económico, más rápido y, en lo posible, sano. El dinero por puntualidad no era demasiado, pero justificaba que me apurara en llegar; mal o bien, con eso pagaba el colegio de mi hija. Hasta acá toda la rutina se desarrollaba perfectamente.

Entré al trabajo que me permitía subsistir; no era el deseado, pero tampoco el odiado. De hecho tenía muchas cosas buenas y me daba señales que apoyaban la idea de que estaba transitando el camino adecuado. La casa amarilla, como yo le decía, estaba a tan solo tres cuadras del punto donde Pancho me había alcanzado después de seguirme. Casualmente, estaba a *siete* cuadras del colegio de mi hija, que tanto significaba para mí después de todo lo vivido en la crisis eufórica. Por primera vez, ingresé sin maquillaje al establecimiento donde trabajaba. Uno de mis compañeros aceptó ir a buscarme un té para que pudiera aprovechar ese tiempo y arreglarme un poco.

Con el rostro un poco más prolijo, me disponía a desayunar cuando, por curiosidad, abrí un diario perteneciente a la institución donde trabajaba, como para estar un tanto informada. Apenas leí unos párrafos sobre el casamiento de Gloria Carrá y me quedé pensando en su hija de once años, en la mía y en mi deseo eterno de felicidad compartida. Seguí pasando las hojas y vi la foto de Ricardo con un breve texto en el que hablaba de un nuevo compacto. “Como duele” se llamaba una de las canciones y esas dos palabras me trajeron muchas sensaciones de aquel extraño otoño en que, según los médicos, me enfermé. Como duele ser lúcido, como duele estar vivo entre tanta muerte, como duele ser honesto en un mundo de corruptos y como duele la felicidad cuando un psiquiatra dice que tu dicha no es verdadera y que es una enfermedad llamada bipolaridad.

Me quedé en esa frase como perdida en los recuerdos hasta que volví a la realidad y retomé la lectura. Me sorprendí aún más. ¿Cómo se llamaba el nuevo CD que todavía no había salido al mercado? Ni “Sagrada Familia”, como soñé alguna tarde en el colegio, ni “Inconsciente” como creí alguna noche que podía llamarse si estábamos conectados, ni “Verdadero”. Se llamaba **5ºPISO**⁴⁸, igual que la parada del ascensor de la Catedral desde donde observé qué diferentes se veían las cosas desde arriba. Podría ser una casualidad, pero sabía que no.

⁴⁸ 5º PISO. Álbum de Ricardo Arjona. Waner Music. 2008.